

LA TRAGICOMEDIA FRANQUISTA

NO ser por la tragedia que entraña, el régimen franquista sería un dechado de jocosidades. Pero el payaso de nominada y la risa resulta melancólica cuando emana de tablado carnicero. Físicamente, Franco es un personaje grotesco; moralmente, un guñapón. Su pose es de cómico bufo, pero sus dictados alcanzan resultados sangrientos. Su Dios es espartano. No tiene, ese gallego, la gracia del jerezano Miguel Primo de Rivera, pero lleva inculcadas en la entraña el rencor publicista de un millón de curules. Es un caso patológico, de locura mística peligrosa, que habrá que tratar de manera expeditiva para preservar la salud del pueblo.

Estamos ahora a veinte años de distancia de la sublevación fascista española, hecho criminoso que Franco ha querido celebrar con estruendo artificioso. Trató, como puede suponerse, de justificar una aberración totalitaria, un acto de fuerza desmedido a secundar planes de absorción europea dispuestos por el Jefe Superior del nazifranquismo, herr Adolfo Hitler, aunque disimulados, encubiertos en una frase anodina, inexpressiva, cual esa de « la regeneración patria ». A decir verdad (verdad únicamente expresable en antifranquista), el estallido fratricida, hermanicida, del 18 de Julio, debió de anse clerical y militarista de sumarse a la causa de Berlín y Roma de la época para quedar dueños nominales del cotarro hispano donde vengar la pérdida de prebendas, dádivas y posiciones que al Clero permitían rimonarse en oro y al Castro colmar vicios y presumir chuleterías en el cercado nacional. Llevan su parte, indudablemente, los capitalistas mayores, los acostumbrados al dividendo fabuloso salido del sudor y de la sangre del pueblo (Marruecos en ejemplo), de los tratos de ventajosa, de la rapacidad descomedida y del miedo a perder su predominio absoluto en el terreno de una economía destinada a emanciparse de la tiranía particular para convertirse en beneficio colectivo.

Franco ha desatado sobre los campos de la propaganda internacional batallones de propagandistas sistemáticos — en este aspecto, marxistas —, favorecidos por una espesa lluvia de pesetas que ha — así él lo espera — abonado el terreno, pues al dinero no hay honradez pseudodemocrática que lo resista. El « New York Herald » puede atestiguarlo; como « Excelsior », y cuanto prensa expande por el mundo la averdiada mercancía franquista a sabiendas de que la inmoralidad no deja de serlo por el hecho de ser productiva.

Todos los diplomáticos, escritores y panegiristas españoles o extranjeros, pero asalariados por Franco, no han hecho en este vigésimo aniversario otra cosa que repetir lecciones aprendidas, bellaquerías que las personas de buen gusto difícilmente soportan, estupideces

que sólo aplaudir han podido los infrahumanos que nada les importa el sufrimiento de 28 millones de españoles, y que no atienden pena de madre ni angustia de niño desamparado. La entraña charolada y los ojos de beodo voluntario, esos lacayos nacionales y extranjeros que han desfilado ante la Sangrienta Presencia del general Franco, hipócritamente risueños, cabalmente mofletudos, y que rendidos le han estrechado la viscosa mano, merecen ser retenidos en la memoria, ser guardados en retrato y en palabra estampada, para, en el día del ajuste de cuentas, cobrarles la participación de que se han hecho acreedores.

Comprendemos que a veces circunstancias obligan. Pero en ciertas ocasiones que la dignidad — si queda — va a recibir un feo, es preciso, es obligado, por diplomático, periodista o sacamuelas que se sea, cortar por el camino de emmedo para presentarse cuanto antes a la Oficina del Paro Forzoso, en este caso voluntario.

Antes la miseria que abruma que la miseria que denigra, que tal es el lema de la ciudadanía consciente.

Sepamos reflexionar SENTIDO DEL ACRATISMO

El militante lleva una vida de tal actividad que raramente puede disponer de tiempo para reconcentrarse. Su grupo, su sindicato, su partido, la propaganda en general, lo absorben hasta el punto de no darle lugar para el estudio y la meditación.

Sin embargo, es indispensable que, con la mayor frecuencia posible, el militante se aísle, se recoja y medite. Es necesario que los sucesos más importantes sean sometidos por él al estudio, a la reflexión. De lo contrario, es de temer que, por una parte, empujado hacia el torbellino y la fiebre de la actualidad, se deje extravair por ciertos impulsos o ciertas apariencias y que, por otra parte, pierda el preciso hábito de hacerse, por medio de un examen profundo, una opinión personal sobre los hechos cuyo conjunto y detalles, solicitan y merecen fijar su atención.

No puede, no sabe reflexionar todo el que quiere. El juicio meditativo es bastante raro y el hábito del recogimiento más raro todavía. Sin embargo, ese trabajo interior es de aquellos que ningún otro puede reemplazar. La lectura y la discusión son de grande e incomparable utilidad; pero totalmente insuficientes. Por la conversación y la lectura, cada una consulta el pensamiento de los demás y lo confronta con el propio, cuando no un disparidad, confusión u oposición, acuerdo o conflicto de dos pensamientos que se cambian, es el resultado de la lectura y de la discusión.

Además, es necesario que quien lee o controverta tenga, previamente, un pensamiento a asegurar que sea fortalecido o debilitado, corroborado o destruido por el diálogo y la lectura. De ahí que, para poseer este pensamiento previo sea necesario replegarse sobre sí mismo, reflexionar largamente, discutir consigo mismo, analizar el pro y el contra, esto es, meditar.

Para propagar una idea, para defender una tesis, para hacer prevalecer una doctrina es indispensable conocerlas a fondo. Solamente la meditación está llamada a asegurar que el militante la convicción clara y sólida que necesita, si tiene deses de ser un propagandista.

El propagandista tiene el deber de aislarse a ratos, de recogerse con frecuencia y de reflexionar siempre. Se abstiene de meditar? En tal caso, se acostumbra a buscar fuera de sí las ideas y los sentimientos, limitándose a introducirlos enseguida en su cerebro; se condena a proveer en los otros recursos intelectuales que tiene la pereza de cultivar en sí; se expone a asimilar, sin suficiente verificación, todo aquello que ofrecen la lectura y la conversación. Y, cuando una vez, habla o escribe, no suena sino un payayo un fonógrafo.

De este modo, se dejará arrastrar gradualmente hacia la peligrosa pendiente de la adopción sin control de tesis desarrolladas por los pastores y no podrá más que aumentar en una unificada y rebañada considerable ya de los continuadores. Si quiere llegar a ser y permanecer él, el militante debe meditar cada vez que se produce un acontecimiento de alguna importancia, que establece un serio conflicto de opinión, que debe tomar posición y situarse ante una cuestión personal. No quiero decir con esto que deba prohibirse la lectura y la discusión. Afirmando solamente que debe antes nada reflexionar y, por el solo esfuerzo de su pensamiento concentrado en profunda meditación, llegar a producir una opinión personal. Que recurra luego a la discusión y a la lectura; que someta su concepto al control del estudio y de la controverbia; nada mejor; él no es inflexible.

El militante que no sabe reflexionar y que no sabe meditar, no puede ser un propagandista eficaz. El militante que no sabe reflexionar y que no sabe meditar, no puede ser un propagandista eficaz. El militante que no sabe reflexionar y que no sabe meditar, no puede ser un propagandista eficaz.

por SEBASTIAN FAURE

y, por profundamente que haya reflexionado y meditado, es posible que no haya examinado la cuestión en su totalidad, que no la haya observado desde un ángulo exacto, que por error haya separado detalles que se aproximan a ella, que haya olvidado alguno de sus aspectos, en una palabra, que se haya equivocado.

La lectura y la discusión aclararán los puntos oscuros, mostrarán el valor de las consideraciones que no haya hecho; a sus propias luces vendrán a sumarse las de los otros y de esta asociación de diversos centros luminosos nacerá la claridad deslumbrante.

No habrá hecho más que aportar a ese todo su parte contributiva; pero, por lo menos, habrá hecho esa aportación.

El trabajo de meditar es, pues, para el militante, un ejercicio indispensable. ¿En qué consiste? La mejor forma de precisar el lado práctico de este problema, es dando un ejemplo.

El Estado no persigue más que un fin: limitar, encadenar, sujetar al individuo, subordinarlo a una « generalidad » cualquiera. (Max Stirner).

En todos los tiempos y en todas partes, sea cual fuere el nombre que tome el gobierno, sean cuales fueren sus orígenes y su organización, su función esencial es siempre la de oprimir y explotar a las masas. (Malatesta).

Los proletarios, al otro lado de las fronteras, ven solamente hermanos en miseria que tienen como ellos el mismo enemigo. (Le Dantec).

El partido jamás existe solo; tiene con él y para él todos los medios de presión de que dispone su clase: el conjunto de las fuerzas sociales organizadas, magistratura, funcionarios, soldados, gendarmes, policías. (A. Briaud).

por M. GUERRERO

ENTIENDO que el acratismo es una convicción, a la que siempre se llega si la condición moral de la persona es propicia para ella. Por esta idea, aunque esté dotada de un amplio sentido humano, es eminentemente personal, siendo, por consiguiente, de natural comprensión que los libertarios asuman ante la historia, ante los hechos, y ante los demás hombres, una actitud de semejanza en su carácter esencial derivando tal vez de esta circunstancia el reproche diario que a los anarquistas se les hace, en el sentido de ser muy exigentes e individualistas.

Las conciencias definidas no tienen a la disasociación, puesto que de por sí suponen una elección esencial unitaria. Los cuerpos bien constituidos no pueden ser un peligro para sí mismos estando limpios de morbos; que la disolución por enfermedad siempre llega por conducto débil y no por plenitud de fuerza, moral en el caso que nos preocupamos.

Los anarquistas no pretenden zafarse del hecho económico, y si disponer del mismo para desarrollarlo favorablemente y con resultados igualitarios. No conciben la economía como los marxistas, no tratando de estudiar las necesidades del hombre en el paquete intestinal del mismo; que no es igual economía que gastronomía. Los cambios sociales recomendables no se hacen a medida del apetito, sino de la amplitud de conceptos y según sea de precisa voluntad de los luchadores. Hecho éste que se reclama de la psicología más que de determinismo, del carlismo insostenible.

El respeto total a la entidad humana distingue al anarquismo de las demás ideologías socializantes, ya que no supedita al ser racional a un sistema, a un dogma, a una fatalidad colectiva determinada. La prioridad económica en capitalismo tradicional y bolchevique trae aparejada la esclavitud estomacal de los trabajadores con la consiguiente humillación e inferioridad de los mismos; lo que no ocurriría en régimen comunista libertario, donde la economía resultaría ser consecuencia del trabajo facilitador de vida.

La reducción de medios económicos implica sumisión y dependencia a la autoridad del amo para obtener algo de lo que se necesita. Por consiguiente, no es concebible la autoridad sin régimen de injusticia. El anarquismo no puede degenerar en partido o doctrina cerrada. Su programa es tan amplio, tan sin cálculas necesitadas de vigilantes y carcereros, que virtualmente deja de ser programa. La idea es el hombre moralmente obtenido, no la idea acogedora del hombre.

Toda persona busca lo que desea, la cosa considerada esencial en su vida. Con limitación de puntos de vista, nos inclinamos por la corriente de tendencias. Por su seguridad el torpurgu debajo la tierra, mientras él ave, sedienta de luz y de espacio, alea sin cansancio por el éter.

El anarquismo no es una forma concreta, sino previsible. Avido de horizontes, no puede avenirse con las ideas del top; ni encerrarse en el caparazón de la rutina; ni perderse en el laberinto de los conceptos y de las frases manidas. En una palabra: el anarquismo es por lo grandioso y positivo.

El hombre queda irreprimiblemente enfocado a romper con el cerco de los convencionalismos y de la autoridad. Que los de enfrente nos acompañen o nos repudien, ello no altera

nuestros principios. Nos pondrán, en todo caso, mohinos o joviales, pero la estabilidad de nuestros principios de autonomía individual y de igualdad económica no serán comprometidos. Lo que cuenta es el modo seguro de pensar, ya que en la deducción razonada radica la posibilidad, y habiendo posibilidad, la libertad no anda lejos.

En España las cocinas hieden a algodón sin que algodón haya en España. En Estados Unidos las cocinas huelen a aceite de oliva estando los olivares en España. Barcelona. — El gobernador civil visita Correos. ¿Ganas de que lo facturen? El propio gobernador se indignó contra un entierro que consideró antifranquista. Claro; como que las personas decentes no debieran morir nunca!

Los falangistas vuelven a ocuparse del « diálogo de las pistolas ». Pero lo que aman es el monólogo, por lo que temen las respuestas. Falangistas que no se fian de Franco. Ni Franco de su sombra. Porque sabe que la tiene mala. El general italiano Emilio Canevaro ha calificado de « lepra » a los antifranquistas. Con la lengua apestando a cloaca, pueden emitirse semejantes palabras. Ese general de opereta, obvio es decirlo, no ha ganado ninguna batalla. En la de la verdad, quedará nuevamente abollado.

Nunca novia alguna ha recibido tantos besos en la cara como los que Canevaro aplicara al mejillaman inarizado de su amado Duce. Pareja carota le besa ahora, humilde y abyectamente, a esa suerte de sapo grasiento conocido por Franco. También Gronchi, presidente de la República italiana, ha felicitado a Franco con motivo del 18 de Julio. Por segunda vez sabemos que Gronchi se felicita por el estado de opresión y miseria que está sufriendo el pueblo español por culpa del fascismo romano; precisamente!

La iglesia española de Nueva York está encadenada en Harlem, sede del Jazz Band. Ni más ni menos. Por cara dura la del señor cura. 18 de Julio, con muerte para media España. Que nos cuenten ahora el Sermón de la Montaña! — Z.

